

El secreto sin retorno

Eva Lermas



Image not found.

Capítulo 1

Debía levantarse de la cama. Aun así, decidió acurrucarse cinco minutos más entre las sábanas que la arropaban cariñosamente. Percibiendo que podría disfrutar un poco más de tiempo en aquella cama que la seducía, sonrió con tanta tranquilidad que creyó ser la persona más feliz del mundo. Su realidad se oscurecía apartándose inmediatamente de sus sentidos, mientras que sus sueños comenzaban a ser dueños de su mente. Pasada una hora, Aris se percató de lo ocurrido. ¡Otra vez llegaría tarde!

Esa mañana de invierno se advertía más fría que las anteriores. Aris debería apresurarse para llegar a tiempo a las clases del instituto, el cual se encontraba lejos de su domicilio.

-¡Qué horror! Ahora tengo que irme a clase andando y, además, sola. Todas mis amigas habrán estado esperándome en la puerta varios minutos hasta hartarse- pensó Aris aún tumbada en la cama, realizando un fuerte esfuerzo por no volver a dormirse.

Y saltando de la cama sin percatarse que la mañana helaba, corrió dirección al aseo donde se encendió el radiador. Por suerte, la vestimenta ya la tenía decidida la noche anterior, al igual que la mochila con los libros de las asignaturas que impartirían esa mañana.

Aún con los ojos entrecerrados, sintiendo que la somnolencia le vencía, decidió prepararse un café. Mientras se bebía el café a pequeños sorbos a causa de su alta temperatura, se vistió tan apresuradamente que no se percató que portaba el jersey al revés. Mirándose al espejo como todas las mañanas, se peinó de manera que su cabello se encontrara recogido en un coletero, excepto unos mechones rebeldes que sobresalían de ambos lados del rostro. En aquel momento se percató de la torpeza de sus actos. No sólo llegaría tarde a clase por quedarse dormida, sino que iría enseñando la etiqueta del jersey a todos sus compañeros. Y sin dejar de reírse, arregló este problema tan torpe; no podría demorarse más.

Una vez lista, recogió su mochila y salió de su casa sintiendo que aquel día sería diferente a todos los demás: ¡No todos los días se vestía una con la etiqueta hacia fuera!

Caminando por la acera en dirección al instituto, se percató que en el lado contrario había un grupo de jóvenes que la miraban fijamente. Se ruborizó por ello; pero, como cualquier chica adolescente, les dedicó una sonrisa coqueta y sexy a la vez.

-No sé para qué me he levantado. Con el frío que hace... Podría estar ahora mismo acurrucada entre mis queridas mantas polares. Total, hoy no

hay ninguna clase importante. -Todos estos pensamientos se aglutinaban en su mente adolescente, indignada y arrepentida por haberse levantado.

Dejando atrás todas aquellas reflexiones somnolientas, suspiró de alegría al reparar que vería a su adorado profesor. "Todo por verle" se decía una y otra vez todas aquellas mañanas donde el sueño y la flojedad dominaban su cuerpo y mente. Le gustaba demasiado; podría decirse que Norberto era su primer amor: un amor platónico. Una sensación de alivio y confort rozó sus sentidos. Su piel se había erizado y su rostro color canela había elegido parecerse a un tono rosado. Ruborizada, ladeó la cabeza con ambas manos para que, de esta manera, desaparecieran estos pensamientos que comenzaban a evadirla de la realidad.

El hecho de haberse encontrado tan absorta durante el camino, hizo que no se percatara de la velocidad de su paso. Ya había llegado a la puerta de su tan "querido" instituto; ya era la hora de comenzar la etapa académica de ese día.

Golpeó el timbre que se encontraba al lado de una verja gris. La puerta se hallaba cerrada, como de costumbre, puesto que abrían solo al entrar y al salir del horario académico. Su ausencia a la primera clase provocó la ira del conserje; no porque tuviera que salir a abrirle la puerta (que también lo exasperaba), sino porque se había convertido en su rutina diaria, el llegar tarde a las clases.

-Ya viene este viejo cascarrabias con ganas de discusión. No voy a seguir su conversación, seguro que así se cansará de intentar darme lecciones.
-Pensaba Aris mientras Agustín agitaba los brazos en su dirección. En realidad, siempre planeaba la misma estrategia, pero no surgía efecto en aquel hombre tan tozudo.

Una vez en clase, Aris no paraba de pensar en Norberto. Desafortunadamente, su profesor no había podido asistir a su horario laboral por causas personales. Nadie del instituto sabía cuáles habían sido las verdaderas razones, pero Aris imaginaba una y otra vez las causas de esta ausencia.

-A lo mejor ha roto con la novia. Sí, tiene que ser eso... ¡Pues mira, mejor!
-Se afirmaba a sí misma, convenciéndose de ello.

-Aris no seas ingenua. Norberto no habrá dejado de venir a clase solo por separarse de su pareja. Habrá sido algo mayor. ¡Puede que haya fallecido su madre! -Le contradecían sus amigas.

-¡Vaya rollo! Yo solo había venido porque nos tocaba su asignatura. Si lo llego a saber... ¿No podría haber ocurrido otro día? -Y mientras argumentaba su rabia, miraba por la ventana con una mano apoyada en

la mejilla.

Podrían transcurrir horas y horas en esta postura, imaginando cuáles podrían ser las razones de su ausencia; argumentando en sus propios pensamientos que se sentía defraudada por ello; y lo más importante para ella: si algún día conseguiría acercarse a su tutor de una manera diferente que el de profesor-alumna.

El sonido afónico de un timbre determinó que las clases habían finalizado. Por ese día ya habían sido suficientes los tormentos para Aris. Solo deseaba volver al instituto al día siguiente para comprobar que todo seguía de la misma manera: si Norberto vendría a dar sus clases de música, asignatura que impartía; si había roto con su pareja o le había ocurrido algo a su madre. En realidad, se encontraba preocupada por este hecho. Su tutor nunca había faltado a su trabajo; por ello, este problema debía de ser muy importante. Y agrupándose con sus amigas, decidieron iniciar su camino de vuelta a casa.

Por el camino, todas ellas risueñas, habían tenido la idea de celebrar ese mismo fin de semana una fiesta en casa de Bárbara, ya que sus padres se iban de viaje de negocios a Cantabria. Como es natural, aceptaron sin rechistar. Ilusionadas unas, dando brincos de emoción otras, planearon la fiesta en pocos minutos. Mientras Bárbara y Tania aportarían la bebida, Aris y Esther traerían algo para picar. Pero, en realidad, en lo que todas pensaban era en invitar al máximo número de chicos posibles.

-Ya verás Aris como te ligas a algún chico guapo este finde. ¡Así te olvidas de una vez del viejo de nuestro profesor! -Dijo Tania entre risas.

-Lo intentaré. Pero Norberto nunca se me va a ir de la cabeza. -Aris las miró con determinación. "Os perdono la vida" pensaba entre sí.

Y acompañando a cada una hasta la calle donde vivía, Aris se convenció de este hecho: no debía de obsesionarse con Norberto. "Es mi profesor. Tiene quince años más que yo. Además, itiene pareja desde hace mucho! Es un amor imposible" se dijo multitud de veces para convencerse a sí misma hasta entrar en su casa. Pero Aris, absorta en sus reflexiones, no se percató que alguien la seguía desde hacía tiempo; que la miraba fijamente escondido entre la multitud.

Capítulo 2

-¡Vamos chicas! ¡No hay tiempo que perder! ¡La fiesta empezará en dos horas y aún hay mucho que preparar!

Tania comenzaba a ponerse nerviosa. No solo se notaba en su manera de dar órdenes, sino que su color de piel había cambiado de un tono moreno, a causa de los rayos provocados por máquinas luminiscentes, a un rojo caoba acompañado de una vena que sobresalía de su cuello. Aquella vena la determinaba; siempre se dejaba ver en aquellos momentos de estrés e irritación. Todas sabían que debían aligerar sus actos o, finalmente, Tania daría algún puntapié en sus traseros. La conocían, ella era así: muy dura en su fachada, pero con un gran corazón. Las palabras malsonantes se encontraban constantemente en la punta de su lengua. Aun así, tenía un gran sentido del humor; una joven graciosa y físicamente atraíble era el motivo de su éxito. Sus amigas la adoraban, pero a su vez la envidiaban por sus encantos. Sabían que acompañarla a una fiesta o a cualquier parte!, era convertirse en un punto de tiro de miradas masculinas baboseantes. Todas tenían la misma edad, quince años, pero Tania aparentaba ser la hermana mayor. Tan dura, tan expresiva, tan risueña; ella era la mejor amiga de todas.

-¡No te estreses tanto, Tania! Seguro que no se presentan a las once en punto. Además, está casi todo listo.

- ¡Los adornos ya están! – se oyó una voz angelical por detrás de Bárbara. Era Esther, tan dulce y coqueta como siempre.

-Y la comida también está preparada encima de la mesa. –Concluyó Aris.- ¿Qué música habéis traído?

El grupo de amigas se miraron fijamente unas a otras sin musitar palabra. Se advertían sus caras palidecer ante esta pregunta tan obvia. Temían que ninguna abriera la boca, alguien debía de articular palabra.

-¡No me digáis que se nos ha olvidado lo más importante! ¡Chicas, la música!!

Multitud de gritos se escucharon en aquel comedor grandioso lleno de decoraciones y alimentos. Y como en una película, cuatro jóvenes alteradas se vieron corriendo hacia el cuarto de juegos, lugar donde se encontraba el ordenador de mesa. Tuvieron suerte, ocasionalmente Bárbara guardaba algún disco de música en el disco duro interno. Todas suspiraron tranquilas al observar que el último punto importante de la noche ya se hallaba solucionado.

-¡A grabarlo se ha dicho!

Un sinfín de pequeños gritos dominaron el ambiente. Ilusionadas, comenzaron su transformación de chicas de instituto a jóvenes sexys.

Sonó el timbre: el primer invitado ya había llegado. Y de esta manera, con la música sonando lo más alta posible, comenzó la gran fiesta.

Aris, sin apartar sus pensamientos en las causas de su profesor, se sentó en un sillón que se situaba cerca de la puerta. Le apetecía disfrutar de sus amigas, pero no era tan juerguista como ellas. Aris no fumaba, no consumía drogas, ni siquiera bebía alcohol. Podría decirse que era la racional del grupo. La típica chica que no llama la atención en nada concreto, pero sí en su conjunto. Intellectualmente era muy lista, la mejor de la clase; sus notas eran sorprendentes. Físicamente era normal, aunque su piel tenía un precioso color canela. No era la más atractiva del grupo, aunque tampoco se molestaba en arreglarse lo suficiente. Era de las que creían que las personas debían de fijarse en el interior antes que en el físico. Aris, por ello, se superaba a sí misma todas las mañanas. Estaría esperando toda su vida a un hombre que la quisiera por su forma de ser: lista, buena y bella de corazón.

-¡Vamos Aris! ¿Qué haces ahí sentada? ¡Ven con nosotras a bailar!

Sus amigas deseaban que se fijara en algún chico pronto. No podían soportar ver una amiga tan especial sufriendo siempre por la misma causa. Todas ellas opinaban que Aris era tan preciosa por fuera como por dentro. Sólo debían esperar; sabían que tarde o temprano acabaría evolucionando su exterior, de un "patito semi-feo" sin arreglar a un gran cisne blanco con tacones.

Y mirándolas fijamente con esos ojos color miel, Aris decidió levantarse y bailar con sus amigas. Entre ellas se encontraban dos chicos de clase. Nunca se había percatado en el atractivo de ambos; en realidad, jamás se había fijado en ningún chico que no fuera su amado Norberto. Pero esa noche su actitud cambió, no se sentía la misma. Observó en sí lo que siempre había criticado. "No te fijes en el exterior, sino en su personalidad" se decía constantemente mientras se acercaban estos dos compañeros. No podía soportarlo, la mirada se movía en direcciones indiscutibles.

-Hola Aris. ¿Qué tal estás? ¿Quieres alguna bebida? –Le preguntó Carlos, mientras Adrián se acercaba a la mesa donde empleaba su técnica para hacer cócteles.

-No gracias, no bebo. Aunque podrías traerme una coca-cola, por ejemplo.

Tengo una sed terrible...

-¡Venga, anda! ¡Estamos en una fiesta nena! Tómame un gin-tónico con nosotros. Es una bebida alcohólica muy floja. ¡Ya verás! –Intentaba convencerla de lo dicho, aún sabiendo que no tenía razón.

Aris, pensativa, dudó por unos instantes sobre su decisión. Por primera vez en su vida aceptó tomar una copa con aquellos individuos, llamados compañeros, que la habían atraído por mal camino.

-Vale, pero un gin-tónico no. Os conozco, y sé que os tengo que interpretar de manera contraria. Prefiero probar lo que lleva Tania en la copa; eso que lleva coca-cola.

Carlos y Adrián, al entender que lo habían conseguido, creyeron ser los dioses de la fiesta. ¡Habían ganado! ¡Habían conseguido que Aris, tan recatada, se bebiera, por fin, lo que ellos llamaban un "ronny"! Tan excitados por lo ocurrido, prepararon la mezcla de ron con coca-cola tan rápido que creyeron no echar el suficiente alcohol al vaso. Mirándose el uno al otro, decidieron probar con un "poquito" más de ron. Al fin y al cabo, Aris no se enteraría de lo sucedido.

-Toma Aris, aquí tienes tu "ronny". ¡Que sepas que te hemos echado poco alcohol! Agradécenos este gesto de amor y humildad...

-¡Irse lejos de mí; que mirar a dónde me habéis llevado! Sois una mala influencia, ¿eh? –decía la joven con una sonrisa burlona en los labios. A su vez, ambos amigos hicieron el gesto burlesco de colocar los brazos en alto como si alguien imaginario los golpeara. Y con unas risas de oreja a oreja, se dispersaron entre la multitud de jóvenes fiesteros.

Aris observaba su copa como si nunca hubiera visto algo similar. No sabía si probarlo, o por el contrario, entregar aquel líquido cautivador a una de sus amigas. Observándolas, entendiendo que con esa bebida se ausentaban durante cierto tiempo de la realidad; que por fin entraría en la onda de aquella gente, decidió que lo aceptaría. "Pero solo una copa" se convencía a sí misma. "Solo es para probarlo, nada más. Al fin y al cabo, todos hacen lo mismo. ¿Por qué yo no puedo comportarme como ellos? Míralos, cómo se divierten". Y metiendo la lengua primero, notó un sabor dulzón en su boca. "Está bueno...el toque que le da el refresco es dulce". Minutos más tarde, Aris se encontraba dando grandes tragos a aquella mezcla de alcohol, o "ronny", como lo llamaban sus compañeros.

No supo cómo sucedió. Pero al cabo de una hora se hallaba envuelta en sudor. La visión se convirtió en un parque de atracciones. Los chicos a los que había visto anteriormente, ahora le resultaban atractivos y deseosos. Sabía que no era ella; pero lo que sentía gracias al ron era alucinante. Bailaba salvajemente con sus amigas, sonreía como nunca lo había hecho.

Era una Aris distinta: más atrevida y decidida. Derretía con sus impresionantes y brillantes ojos a todo aquel que se le acercara. Se había convertido en una Aris sexy y atrayente. El "patito" ya había extendido sus alas hacía la libertad, convirtiéndose en un cisne seductor.

Mientras la joven se convertía en la protagonista de aquella fiesta. Dos figuras aprovecharon la situación para acercarse a su copa, colocando cierta sustancia en ella. Y mirándose el uno al otro, rieron a carcajadas mientras huían de aquel lugar, bailoteando con la multitud.

Capítulo 3

Despertó en una habitación a oscuras. Extrañada, levantó la mirada hacia su alrededor creyendo estar de nuevo en su propia casa. Se encontraba tumbada en una cama de matrimonio, cuya cabecera era enternecedora; sábanas de terciopelo envolvían su cuerpo desvestido. Una mesita vacía predominaba frente a la abundancia de objetos desconocidos esparcidos por el suelo.

-¿Dónde me encuentro? Este no parece ser mi cuarto –Pensó en voz alta para autoconvencerse de la normalidad.

Observando completamente aquel dormitorio desordenado, vislumbró su vestido azul colgado en la silla del escritorio. Cercano a éste, pero sin visibilidad, se encontraba su ropa interior roja retorcida de manera enérgica.

-No me lo puedo creer. Debía de estar tan bebida que tuve que desnudarme aquí. Espero no haber hecho ninguna barbaridad... -Meditaba Aris, aún recostada en aquel colchón tan cómodo.- Al fin y al cabo, parece que las sábanas de terciopelo me han arrojado lo suficiente como para no pasar frío.

Minutos después entendió lo sucedido. A su lado, una mano enorme apareció agarrándola cariñosamente. Notando caricias y tiernos besos en su cuerpo desnudo, arrancó la sábana que la cubría, y saltando de ésta rápidamente, intentó taparse mínimamente con ella fuera de aquel lugar.

Aris se encontraba tensa. Al igual que su tez tenía un color similar al de las paredes: blanquecinas; sus ojos se ladeaban de tal manera que creía desmayar. No comprendía lo sucedido en aquella habitación, más aún no sabía cómo había sido atraída hasta allí.

Asustada, lanzó un grito aterrador capaz de despertar a cualquier ebrio. Y en el instante de huida, fue sacudida bruscamente por el brazo, lo que concluyó con una puerta totalmente cerrada. Aris, sin contemplar el rostro de su acompañante, temblaba por la aterradora situación. “Querrá hacerme cosas... ¡No! ¿Cómo he podido? Tengo que huir de aquí”, imaginaba aún con sus ojos sellados por el pánico. Debía preparar un plan, una fuga lo antes posible...

-Aris, soy yo. Soy Carlos, tu compañero de clase. ¿Qué te ocurre?

Sobresaltada por aquella voz conocida, abrió sus preciosos ojos mirando observando, que realmente, no corría peligro. Todos sus recuerdos habían recorrido sus pensamientos en estos momentos de pánico. Se encontraba paralizada por aquel acto tan desafortunado, sintiéndose ridícula y

avergonzada a su vez. Aris se sentía verdaderamente abochornada, como si de una niña pequeña se tratase. Solo imaginaba estar acurrucada en su preciada cama ocultando su rostro ruborizado bajo las sábanas.

-Eres tú... Carlos, ¿qué ha ocurrido? Dime, por favor, que no hemos hecho nada. -Le suplicaba con la mirada afligida. -¡Dime que me has respetado! ¡Era virgen, Carlos!

Comenzaron a aparecer pequeñas lágrimas en su rostro, llenando, segundos más tarde, su cara de aquellas gotas suplicantes.

Sí, Aris nunca había practicado el sexo. Creía en el amor; y quería que su primera vez se realizase con alguien especial. No podía haber cometido el error de haberse acostado con un amigo, y menos aun ebria. Esto no le podía estar ocurriendo.

-Aris, no nos hemos acostado. -La observaba con ternura. La entendía perfectamente; conocía los pensamientos de una mujer respecto a su virginidad. La comprendía a ella.- No quisiste, y yo no te obligué. Eso no significa que no me atraieras. Tuve mi oportunidad pero te respeté. Pero esta mañana creí que te habías decidido... como estabas moviéndote un rato entre las sábanas...

Entendió su reflexión. Sollozante, sintiéndose tranquila y en paz consigo misma, determinó que debían vestirse y salir de esa horrenda habitación, la cual sólo le traería oscuros recuerdos. Decidieron, por tanto, que su secreto necesitaba estar oculto; por la intimidad de Aris, y por la masculinidad del mismo Carlos.

-Tráeme, por favor, mi vestido. ¡Y mi ropa interior! - Pudo articular Aris como última petición, sonrojada.

Y en aquellos momentos, indicándole la dirección de su vestimenta, recordó algo intenso. Momentos sobrecogedores y placenteros llenaron su mente de imágenes. Suspiros y gemidos comenzaron a alborotar el juicio de Aris. No encontraba en aquellas sensaciones crueldad; por el contrario, la diversión y el gozo eran sobrenaturales. Esos recuerdos nublaron la mirada de la joven, entendiendo lo sucedido la noche anterior. En esos momentos, Aris no se sentía ridícula, ni creía haber cometido un error. Su cuerpo interactuaba con algo totalmente invisible pero que a su vez se encontraba tan cerca. Su piel, erizada, comentaba a sentir vibraciones espectaculares con solo analizar el cuerpo musculoso de Carlos. Había caído en la cuenta que aún era virgen, puesto que no habían llegado al acto sexual; pero sí habían ocurrido actos que hasta ahora creía inimaginables.

Notó un cosquilleo recorrer su espalda hasta la nuca. Si tenía esos recuerdos tan deleitosos habiendo estado bebida, ¿cómo serían aquellas

sensaciones vividas en la realidad? Y mientras meditaba esta opción, habiéndose apartado de ella toda timidez, se acercó cautelosamente a su compañero.

-Ya te llevo la ropa, tranquila. No hace falta que vengas a por ella. Igualmente, ya te he visto desnuda... -dijo el joven entre risas.

Pero Aris no articuló palabra. Se encontraba inmersa en un mundo distinto. La noche anterior seguía afectando en su presente. Deseaba revivir esas sensaciones, y las quería sentir ya.

Carlos captó su mirada seductora. Aunque dubitativo, siguió la danza repleta de erotismo que la chica le incitaba. Había ganado la lucha interna; conseguiría lo que se proponía. Aris había sido su deseo desde hacía varios años, pero nunca procedió al intento de poseerla. Ahora, Carlos sabía que ella lo ansiaba igual o más que éste. Debía aprovechar el momento.

-¿Estás segura, Aris? -El joven no pudo contenerse. Sentía que el pánico sobrecogía su cuerpo; no quería abusar si ésta, a última hora, se acobardaba.

La muchacha no contestó en palabras. Su mirada desafiante lo describía todo. Su ojos color miel parecían haberse transformado en dos aros de fuego. Un fuego tan intenso como el color de las rosas; y su piel creía derretirse. Un calor sofocante dominaba sobre su razón. Y teniéndolo cerca, se abalanzó sobre su boca dándole varios mordiscos en el labio superior.

En aquellos momentos, Aris no tenía dueño. Solo su lujuria podía darle órdenes; y ésta le dictaba fundirse con aquel chico que le atraía tanto. Un joven con el que había practicado su primer sexo "inocente".

No deseaba más, tampoco quería perder su virginidad. Solo anhelaba experimentar ese gozo que recordaba. Ansiaba sentir su lengua recorrer su cuerpo; sus besos y calor corporal. Deseaba volver a explotar, gracias a sus caricias, de placer.

Alguien encendió las luces de la habitación. Los dos jóvenes, sin percatarse, siguieron sus juegos bajo las enternecedoras sábanas de terciopelo. Pero el acto mágico del cual disfrutaban fue interrumpido por una voz torrente que venía en una lejana dirección. Desde la puerta, un hombre vociferó el nombre de la joven con palidez en su rostro.

-¡Aris! ¡¡Aris!! ¿¿Qué estás haciendo??

La muchacha destapó su cara de aquella maraña de pelo revuelto entre su cara. El terror rebosó todo su ser. Su cara no tuvo tiempo de decolorarse pues creía estar muerta.

Su padre se encontraba ante la puerta, colérico. Su posición corporal era tensa, con los brazos en dirección de ataque. Podía percibirse, incluso, un pequeño rasgo de ataque rabioso en sus labios.

Detrás, Bárbara se encontraba encogida de hombros, sollozando ante aquella situación tan problemática.

Capítulo 4

Como era de esperar, Aris se encontró ante una situación complicada. Hija de un padre protector capaz de seguirla si lo veía correcto, había realizado un acto prohibido para su familia.

Su madre, María, se casó prontamente con su padre, hombre de ideología católica. No pudieron realizar tal acto hasta su matrimonio, lo que les hizo jurar sus votos precipitadamente. Actualmente, la joven se encontraba en una familia dividida, puesto que éstos se había separado hacía pocos años. Antonio, su padre, era hombre serio de palabras directas y amenazadoras. Le encantaba la perfección y la alta calidad, actitud que no heredó su hija desordenada y despistada. Éste, ante tal circunstancia quiso inculcarle su misma ideología, predominando ante todo el respeto hacia los demás y lo sagrado. Para él, el acto sexual era un momento maravilloso e importante que sólo debía concebirse con la persona elegida. En cambio, su madre era aventurera y divertida. Una persona natural que no sigue las normas. No le importaba más que la sinceridad y el bienestar de las personas.

Aris lo entendía. Sabía el suceso ocurrido entre sus padres. Dos personas tan distintas en su ideología y actitud enamoradas locamente, sin ser capaces de soportarse el uno al otro. Mucho habían sufrido ya, y no podría ser ella otra causa más de su padecimiento. Por ello, aceptó sin rechistar el castigo aportado por su padre, sabiendo que con tal actitud, Antonio volvería a confiar en ella.

-Aris, confiaba en ti. Me has decepcionado... Te creía una chica más lista y respetable. –Estas fueron las palabras más dolorosas que pudo decir su padre, al ver en aquella niña la viva imagen de su madre. –Sabías que este fin de semana vendría a recogerte. ¿Por qué te comportas como una niña mal criada?

Aris no soportaba estas charlas impuestas por su padre. Se aburría y avergonzaba claramente cada vez que comenzaban una; como aquella vez que intentó informarle sobre la depravación sexual. El mismo Antonio entendió, en su intento, que éste no era su cometido. Él mismo, sonrojado al igual que su hija, decidió que esta información debía dársela una persona del mismo sexo: su madre.

-Papá, no empieces... Acepto estar castigada, para que veas que me arrepiento de lo sucedido. ¡Yo soy la única inocente de la clase! Al final se reirán todos de mí. – Dijo la joven sollozando.

-Aris... -Antonio no podía soportar ver a su pequeña en tal situación. Pero su dignidad debía estar limpia ante todo. –Aguanta un poco más. No te pido que esperes hasta el matrimonio como tu madre y yo; pero sí a que

encuentres a un hombre que te haga feliz. Cuando seas mayor me entenderás. Cuando entiendas lo que te digo, me darás las gracias.

Y con un beso en la frente salió de su habitación sabiendo que su hija lo odiaría por mucho tiempo, hasta que abriera los ojos. Al fin y al cabo era su padre; y aconsejarle era su cometido, aunque para ello tuviera que prohibirle ciertas cosas.

Aris se recostó sobre su cama acolchada. Esta vez no deseaba involucrarse entre las sábanas; deseaba asistir al instituto para ver a Norberto. Las últimas palabras que le había dedicado su padre habían hecho que entendiera algunas cosas importantes. Aquella noche se había olvidado de él, como habían vaticinado sus amigas. Y con ello, Aris había apartado de sí toda dignidad y actitud que la determinaba. Por suerte, su padre acudió a su auxilio interior, "aunque no en un buen momento..." recalcó en su mente.

"Solo debía esperar y encontrar a un hombre que la hiciera feliz" se repetía una y otra vez, imaginando que este hombre sería su profesor. Aunque solo fuera una ilusión creada por sus pensamientos, Aris podía sentir ese confort y valentía que le otorgaba aquel sueño tan deseado.

Ya eran las nueve de la noche. Había estado meditando en su cuarto desde su reunión informal con su padre. Muchas horas habían transcurrido desde ese momento; muchos pensamientos y decisiones habían sido tomadas en aquellas horas de reflexión. Hizo el impulso de levantarse, su padre debía tener preparada la cena; estaría esperándola sentado en la mesa. Se acercó a la ventana, aún reflexionando sobre lo ocurrido, para cerrar las cortinas lilas que tanto le gustaban. Casualmente, Aris divisó desde su ventana una sombra moverse a lo lejos. Se fijó detenidamente ante tal imagen, pero esta vez no vislumbró nada. Creyó, entonces, estar imaginando cómo los árboles se movían, "o simplemente era un gato paseando o rebuscando entre el contenedor" meditó bostezando. Así pues, aceptando que aquellas ilusiones solo eran fruto de su cansancio, decidió alejarse de allí para bajar a la cocina.

Antonio, en ese instante, golpeó la puerta. Entreabriéndola, metió la cabeza por el hueco existente y le dedicó una sonrisa a su hija.

-Aris, te he preparado la cena. Además, tengo una sorpresa para ti. -Dijo sonriendo aún más abiertamente.- Como sé que te gusta tanto el dulce... he ido a comprar mientras te relajabas en tu habitación. Abajo te espera un bizcocho de chocolate recién hecho de la panadería. -Y cortando la palabra a su hija, acabó diciendo unas palabras que emocionaron a Aris.-

Estarás castigada a no salir; te habré dado el sermón de tus responsabilidades, pero eso no quita que puedas disfrutar con tu padre. Yo solo quiero verte feliz...

Aris no pudo mencionar palabra. Su rencor había desaparecido; en su lugar, se había interpuesto la ilusión, la alegría y sobretodo, el amor hacia su padre.

-Gra ... gracias papá.-Consiguió decir. Y no pudo resistirse más. Debía decírselo, y su padre necesitaba oírlo. - Te... te quiero.

Ambos, emocionados, cerraron la puerta tras de sí. Antonio sentía que la relación con su hija había mejorado; se encontraba repleto de emoción al ver que existía algún vínculo con ella, cosa que había intentado conseguir desde su separación. Por su parte, Aris había entendido la necesidad de escuchar a su padre. No todo lo que le intentaba inculcar era injusto. Creía necesario abrir las puertas de su corazón, lo necesitaba.

Mientras tanto, aquella sombra se escondía tras los árboles. Mirando, con obsesión, aquella ventana que tanto había visitado tiempo atrás. Sacando el paquete de tabaco del bolsillo, se encendió un cigarrillo volviendo la vista atrás. Estaba dispuesto a realizarlo. Tenía sus ideas claras.

Capítulo 5

Exhausto, soltó el largo cabello de la joven tumbada en la cama. La miró con desprecio una vez conseguido su deseo. Aquella, empapada por un líquido pringoso, realizaba intentos por incorporarse, sentándose torpemente en la esquina del edredón. Su visión era borrosa, al igual que sus ojos pardos se entreabrían con el propósito de permanecer abiertos. Pero su situación era deprimente. Drogada y alcoholizada, la joven no percibía la realidad que la envolvía; creía estar viviendo una ilusión.

El joven, sombrío, deseaba alejarla de su vista. La pasión y lujuria habían nublado su alma, consiguiendo, gracias a las drogas, lo que se proponía. Una vez cumplidas sus intenciones, el delirio producido por aquella droga llamada "lujuria" desaparecía totalmente, eliminando cualquier indicio de su existencia. Por ello, sus víctimas debían desaparecer sin dejar rastro.

Habiendo cumplido la mayoría de edad ese mismo año, Alberto se ganaba la vida hurtando y malviviendo. No tenía trabajo, aunque tampoco lo buscaba. En sus pocos oficios, siempre finalizaba su contrato con una denuncia por acoso. Insuficientes empleos y de corta duración habían sido los determinantes de sus actos. Comprendía que sin ocupación no habrían caprichos: ni mujeres hermosas, ni coches de lujo, nada. Por ello, decidió dirigir su vida hacia la venta de drogas, oficio que le daría sustento y ganancias económicas suficientes.

Sin objetivos en la vida, Alberto timaba y atracaba sin temor a los agentes de seguridad. Las mujeres... ese era otro tema especial en su vida diaria. Harto de conseguir muchachas sin esfuerzo, se provocó un desafío interno, conduciéndolo a la locura.

Rebuscando por el trastero, divisó sus pantalones, los cuales se colocó sin miramientos. Una vez vestido la miró, escupiendo sobre su costado con repulsión. "Qué fácil" pensó escrutando su cuerpo aún desnudo, "este desafío me está empezando a hartar". Y mientras desaparecía de aquella caseta ruinoso sin ser descubierto, planeó la conquista de un objetivo mayor.

Había quedado con sus amigos en la calle Duque de Rivas, lugar donde tomarían alguna cerveza y charlarían sobre sus vidas. Nadie conocía sus oscuros secretos. Ocultaba una situación peligrosa y a la vez morbosa, que podría producir daños colaterales en caso de desvelarlo. Pretendía seguir siendo el joven inocente y amable que ayudaba a todas sus amistades. Y siendo físicamente el más llamativo del grupo, nadie

entendería el motivo de sus actos.

-Alberto, estás muy callado, ¿ocurre algo? –Uno de sus amigos lo había sorprendido en sus cavilaciones.

-¡Eso tío! Llevamos tiempo sin vernos, ¿qué nos cuentas, tienes alguna novedad que contarnos? –Acudió Pedro a las exclamaciones de su amigo.

Alberto, utilizando un largo tiempo para responder, acabó asintiendo a esta última pregunta.

-Sí chavales, tengo novia. No sabía si contároslo porque llevamos poco tiempo...

-¡Tío! ¡Qué solo llevamos tres semanas sin quedar! ¿Ya te has echado novia? –Le cortó Pedro asombrado. –¡Ya puedes ir contando!

Alberto necesitaba una coartada para realizar su "hobby" sin ser descubierto. ¿Qué mejor que una novia, a la que no conocían? Así podría ausentarse de sus futuras reuniones en caso de estar ocupado.

Sus amigos, viendo su cara inexpresiva, insistieron en sus propuestas de cotilleo.

-¡Vamos, Alberto! Tienes que estar muy enamorado para no habérselo contado. ¡Muy escondido te lo tenías! –Concretó Juan, el intelectual del grupo.

El joven debía pensar rápido una respuesta. Su engaño no sería creído si utilizaba tanto tiempo para contestar. Casualmente, una chica caminaba agitadamente por la acera de enfrente. "Debe de tener prisa allá donde vaya" musitó Alberto, aun tramando su misión. "Esa niña debe tener unos quince años. Lleva la mochila del instituto, y por su forma de vestir..." Y una luz lo iluminó en el instante en que Pedro se levantaba para zarandearlo.

-Pues... es una joven de aquí. Y tiene dieciséis años. –sus labios se sellaron, creyendo haber finalizado el tema.

Su grupo parecía no entenderle. Asombrados por aquella revelación, su curiosidad aumentó, lo que provocó más preguntas y ruegos.

-¿Cómo que dieciséis años? Alberto, ¡eres un pederasta! Ya eres mayorcito para estar con niñas de instituto. –le soltó rápidamente Pablo, el cual había permanecido callado todo este tiempo.

El joven, ante tal acusación, sospechando sobre los conocimientos de Pablo, contestó sin pensar. –Estoy enamorado de ella. No quiero una

relación sexual de "usar y tirar". Con ella parece que mi mundo ha cambiado.

En aquel momento imágenes pasadas acudieron a su mente. Muchachas rubias, morenas, altas o bajas, delgadas... todo tipo de mujeres ocupaban el centro de su atención, dándole una sensación de bienestar. Unas se encontraban atadas con cuerdas, otras tumbadas en el suelo frío de la avenida; amordazadas o encadenadas a la cama... eran algunos de los pensamientos que se reproducían ante él. "Debo de subir el nivel de mi reto" Se dijo finalmente. "Necesito una meta mucho más difícil; un objetivo, que al cumplirse, sea capaz de producirme el placer que tanto ansío".

Sus meditaciones fueron interrumpidas cuando Pedro le tocó la frente, golpeándolo para que volviera en sí.

-¿Qué haces tortolito? ¿Ya estás pensando en tu amada novia? ¡Vuelve a la realidad! Ahora estás con nosotros; después la llamas y quedáis para pintaros las uñas y agarraros de la mano como las niñas de instituto.

-Pedro se reía a carcajadas, provocando el contagio de la misma a todos sus camaradas. Hasta Alberto tuvo que sonreír a causa de su divertida ocurrencia.

-Sí... es que es especial. Además, es muy guapa, aunque ella aún no lo sabe. -Concluyó poniéndole fin a la conversación. Pensó en aquella adolescente a la que había copiado sus rasgos para mentir sobre su novia invisible. "Era atractiva. Tenía algo que la hacía diferente. Su piel canela era atrayente; su pelo recogido con los mechones revoltosos la hacían una joven inocente..." Abrió sus ojos llegando a entender la esencia de aquella adolescente.

-Es virgen. -Salieron de su boca templada y suavemente.

-¿¿Qué?? -Sus amigos escucharon sus palabras, estupefactos. Información que no debería haber pronunciado. -¿Es virgen? ¡Por eso estás tan obsesionado con ella! Una joven de instituto, "guapa sin darse cuenta" como tú nos cuentas, y virgen es un motivo más que suficiente para obsesionarte con ella. -Juan siempre debía concluir con la última palabra, dejando a todos los componentes del grupo con la boca abierta.

Alberto, comprendiendo su objetivo, se giró hacia el recuerdo de aquella adolescente al otro lado de la acera. "Una virgen" fueron sus últimos pensamientos antes de levantarse.

-¿A dónde vas? -Expresó Pedro enojado. Aquel tema de conversación no era de su agrado. Habían perdido al atractivo del grupo, y además, éste

pasaba de su cara por una niña.

-He recordado que tengo cosas importantes que hacer. Os llamo mañana, ¿vale?

Absorto en sus pensamientos, Alberto pagó sus cervezas mientras sacaba de la máquina un paquete de tabaco. Y sin despedirse, se alejó de aquel bar desapareciendo su silueta de la vista de sus amigos. Sólo se observaba el humo de un cigarrillo recién encendido.

Capítulo 6

Lo contemplaba con cara de deseo. Encerrados en el ascensor, respirando entrecortadamente a causa del poco oxígeno existente, se percibía una sensación sobrecogedora que tensaba todos sus músculos. Su corazón palpitaba vertiginosamente por cada respiración que exhalaba su acompañante. El calor dominaba y templaba cada rincón de su cuerpo, provocando pequeñas convulsiones placenteras. Aquel hombre se retiró su camisa blanca, con la que, acto seguido, la arropó. Pero Aris se hallaba en un ambiente abrasador, en el que el tacto se había convertido en el sentido más desarrollado. Ese hombre la excitaba; lo amaba, con toda su alma. Norberto se acercó hacia ella lentamente, como el tigre que acecha a su presa...

-Norberto...

-Aris. ¿Aris? ¡Despierta, cariño! -Antonio sacudió a su hija en la cama. - ¡Vamos, Aris! Vas a llegar tarde a clase.

La joven se encontraba perdida entre la ilusión y la realidad. No entendía cómo había llegado hasta su habitación si, hace unos instantes, se hallaba encerrada en un ascensor con Norberto. Recordó en esos instantes las sensaciones que le provocaron su acercamiento corporal. Su aroma a hombre con un toque olor a flores silvestres...

-Cariño, levanta. ¿Tenías alguna pesadilla? Te notaba agitada, dando vueltas en la cama y pronunciando un nombre que, la verdad... no he entendido bien, ¿Norberto? ¿No es ese tu tutor del instituto?

Aris se ruborizó por ello. Su padre la había visto excitada en sueños, aunque no supiera la verdad de su conmoción. Debía buscar una excusa rápidamente como respuesta a sus interrogaciones.

-Sí, papá. Soñaba que el profesor de música me suspendía la asignatura por no haber llevado el cuadernillo...

-¿Por eso decías su nombre? -Antonio comenzó a entender.

-Eso parece. Yo no sabía que era un sueño, parecía tan real... -Aris recordó su fantasía en aquellos instantes, queriendo retroceder a ellos en la mayor brevedad posible. Deseaba con todo su corazón que no fuera una simple ilusión.

-No te preocupes, hija. Estás intranquila porque ya queda poco para finalizar el segundo trimestre. Es normal que en las fechas que estamos te encuentres inquieta por las notas. Además, ¡es tu último año! Verás como apruebas todas las asignaturas sin problemas. -Antonio la animaba en

relación a los resultados de la evaluación. Estaba incluso más nervioso que su propia hija.

Su pequeña Aris estaba creciendo. Con quince años, muy pronto cumpliría los dieciséis, ya se encontraba en la última etapa de la secundaria. "En dos años mi hija cumplirá la mayoría de edad. Puede que hasta quiera marcharse de casa y vivir una vida universitaria libre", recapacitó Antonio. Pero su valentía pudo con sus emociones, a las que no dejó escapar de su interior. Se sentía conmocionado, entendía la situación que le esperaba en un breve futuro; encontró dentro de sí multitud de sentimientos alborotados queriendo escapar hacia la luz, como el agua bulliciosa que sobresale del cazo. Pero debía apoyarla, y sobre todo, protegerla.

-Venga, Aris. No te lo voy a repetir más veces. Levántate que al final llegarás tarde a clase. Voy a prepararte el desayuno. ¡En diez minutos a lo sumo te quiero ver en la cocina! –Soltó en voz alta mientras bajaba las escaleras que daban dirección a la cocina.

Aris asintió con un breve sonido que su garganta pudo emitir dificultosamente. No se sentía con fuerzas para levantarse de la cama, cosa natural en ella. Aún menos cuando su mente contenía imágenes de esa placentera fantasía.

Acabó por desperezarse torpemente sobre del edredón. Y vistiéndose lentamente, bajó hacia la cocina donde acabaría por prepararse.

-Adiós papá. Nos vemos a medio día: acuérdate que hoy nos toca comer pescado. –Aris realizaba un intento por llevar una dieta con la que no aumentar de peso.

Como casi toda adolescente, Aris no se sentía satisfecha con su cuerpo. Esto causó la obsesión por la comida, y regularla adecuadamente se convirtió en una rutina diaria.

-Vale cariño. Hay salmón en el congelador, si llegas pronto mételo al horno. –Antonio se despidió de su hija con un movimiento de muñeca. Padre e hija se dirigieron felizmente hacia sus respectivas obligaciones sin vaticinar lo que ocurriría después.

Aris no perdía ocasión en imaginarse una y otra vez a Norberto sobre ella. Aún no había disfrutado la asombrosa sensación que producía el sexo, aunque pudo, hace unas semanas, acercarse a sentir algo similar. Absorta en tales pensamientos, la joven caminaba por la acera que la dirigía al instituto, donde, una vez más, preguntaría por su querido profesor. Observando el móvil, Aris concluyó que escuchar música sería la mejor opción para evadirse de sus ilusiones. Entendía que debía comenzar a

centrarse en sus estudios, pues los exámenes acabarían por pisarle los talones. La joven se colocó los nuevos auriculares, obsequio de su madre por sus insuperables notas, y pulsando el "play" de su aplicación musical, se concentró en la letra y en su significado oculto.

No advirtió que una mirada la perseguía hasta bien cercana al instituto. Aris sintió un escalofrío en su nuca, el cual produjo una breve sacudida en sus extremidades. "Parece como si alguien estuviera mirándome. Tampoco me he fijado si alguien me perseguía. Serán imaginaciones mías, ¿a quién no le ha dado un escalofrío de vez en cuando?" pensaba Aris mentalmente. Con ello, la muchacha se obligó a sí misma a que todas aquellas sensaciones tan espeluznantes desaparecieran.

Aris paró inconscientemente ante el paso de peatones que se situaba enfrente de su instituto. Tenía que cerciorarse que nadie la vigilaba, pues aquella sensación seguía palpando su nuca, "incluso mi propia cordura..." acabó concluyendo. Por esta razón, la joven giró rápidamente su cabeza hacia ambos lados. Nada extraño. Varios padres llevaban a sus hijos menores al colegio, cercano a aquel lugar; otros tantos ancianos acompañaban a sus nietos, compañeros de Aris, a clase. "Sólo me falta asegurar la retaguardia", y moviéndose lentamente a causa del pánico e inquietud que le producía aquella situación, dio un giro de 180°. Nada. Su corazón comenzó a bombear de nuevo modificando su antiguo comportamiento, petrificado por el miedo.

"Nada te persigue Aris. Ahora ya te has demostrado a ti misma que eran imaginaciones tuyas. Venga, muévete y tranquilízate" La joven no detenía sus diálogos mentales, inmóvil frente al semáforo. En ese instante, Carlos la saludó sonriente. Se paró frente a la puerta, para de esta manera, esperar a que Aris llegara y entraran acompañados a clase.

-¡Vamos Aris! Ha sonado el timbre hace rato, vamos a llegar tarde a la primera clase.

-Sí, ya voy. -Parecía que comenzaba a producirse una breve movilidad corporal. -Espera a que el semáforo esté en verde.- Sacó la lengua con su rostro burlón, causa de la obviedad.

Aquel disco tan antiguo indicó un muñeco verdoso en movimiento, por lo que Aris se dispuso a caminar. Sus miedos disiparon, nadie la perseguía. Ahora podría ir a clase con normalidad. Buscaría entre el profesorado a su tutor, y le preguntaría la causa de su ausencia. Decidida y con ilusión, la muchacha comenzó su camino hasta el portón enrejado.

En breves instantes, un coche atravesó la vía sin percatarse de que su luz se encontraba en stop. Aris no tuvo tiempo de avanzar, tampoco de dar marcha atrás. La joven esperaba, con el rostro blanquecino, una fatalidad. Toda su vida pudo vislumbrarse ante sus ojos, parecía tan real que incluso

las personas de su alrededor podrían ver sus mismas imágenes. En los últimos instantes, el miedo había desaparecido; en su lugar, una ilusión que le resultaba familiar y conmovedora fue protagonista de su recuerdo.